

## SEÑALES

### Programa

C En esta sección, que hoy se inicia con el propósito de mantenerse atenta, con los ojos bien abiertos a las señales de afuera, se trata de dar un resumen de los hechos literarios, artísticos y sociales (en el buen sentido de la palabra), que acontecen por las zonas alejadas del mundo en que vivimos, pero que presentan un indudable interés para nosotros. Y más que referir el acontecimiento literario puro o acumular titulares de nuevas obras, se procurará relacionar el hecho importante con sus consecuencias intelectuales. Exponer la reacción del medio que nos interesa, ante los sucesos que se producen en la vida. No es necesario descender a más pormenores de programa. El contenido de la sección irá demostrando su finalidad.

Stavisky

O No han sido los diarios, las revistas sensacionales, con sus informaciones, los únicos preocupados del asunto Stavisky. Hemos hablado en el párrafo anterior de la «reacción del medio que nos interesa». Entre los escritores y pensadores de todo el mundo y, principalmente, de Francia, el escándalo financiero y sus consecuencias—ese ya célebre 6 de febrero, en París, con sus salpicaduras políticas—ha producido un movimiento de sumo interés. Esperamos comentar en una próxima entrega, el libro matriz para el conocimiento íntimo de Alejandro Stavisky: el de

Joseph Kessel, subtitulado «L'homme que j'ai connu». Por ahora, nos limitaremos a entresacar algunos comentarios, con la brevedad que el método expositivo nos exige.

Jean Guerin empieza por reconocer calidades especialísimas al asunto. «Panamá tuvo un pretexto. Stavisky, no. Esto es el escándalo puro, que parece estar hecho para dar razón, (a quién?) A Karl Marx, a Hitler, a Charles Maurras, a la vez. Mal momento para la República. «El gran enemigo de las repúblicas—decía Benda—es Montesquieu. Este ha escrito, en alguna parte, que la democracia se funda en la virtud».

Y concluye: «El más grave de los escándalos está en la negligencia, en la blandura, en el abandono universal. Los violentos echan, hoy día, leña al fuego para conseguir algunas cabezas culpables. ¿Sería de desear que las consiguieran? ¿No se dormirían ellos mismos en la ilusión de que todo había vuelto a entrar en orden?». . . Hasta aquí Jean Guerin.

Sobreviene el día 6 de febrero. París se levanta. Muertos y heridos. El imperio del nuevo Alejandro (signo y decadencia), termina en revuelta. La tropa defiende a los diputados... ¿A los diputados?... La tropa no sabe a quién defiende. Dispara, por disparar, como casi siempre. Julien Benda, sutil y profundo, como no ha dejado de serlo, escribe sobre los conflictos de la multitud y los soldados. Espiguemos en algunos párrafos:

«He aquí una muchedumbre que ataca a un escuadrón de dragones, encargado del orden. El escuadrón previene a la muchedumbre (a la foule, que quizá tiene más expresión la palabra francesa) que, si ella continúa, tendrá que defenderse. La muchedumbre continúa. El escuadrón se defiende. ¿Quién es el responsable de la sangre derramada? Me parece que es la multitud. De ninguna manera el escuadrón. Todo se aclara si se penetra en el alma de la multitud. Su idea es que el movimiento es justo solamente porque proviene de la multitud. Eso está en el orden necesario del mundo. Vox pópuli, vox Dei... La multitud, en su combate con la tropa, usa de todos los medios

de hacer daño que encuentra a mano, que no carecen de alguna eficacia: garrotes, pedazos de verja, fondos de botellas... Cuando la tropa usa de sus medios, la multitud grita: «Cobardes, que disparáis sobre débiles sin defensa!» Es la misma indignación que siente la mujer contra el hombre a quien lleva una hora insultando y acometiendo y que la echa del cuarto a viva fuerza. La misma indignación de la Iglesia contra el Estado, al cual causa todo el mal que puede, hasta el día en que el Estado decide reventarla. Esta indignación encuentra, generalmente, la aprobación del público, estando constituida el alma humana de tal manera, que toma siempre el partido del débil violentado, aunque haya merecido la violencia. El débil que comienza una lucha contra el fuerte, tiene una inmensa ventaja: si pierde, sus vencedores son odiosos»...

Y más adelante coloca Julien Benda, esta indirecta, de fácil aplicación para el lector: «Meditación de un jefe, la mañana del 6 de febrero: Ahora lanzo a mis juventudes al asalto del régimen. Si ganan, ¡qué importa que me maten mil hombres! El aniquilamiento de la «despreciable» bien vale aquéllo. Si pierden, y me matan solamente uno, amotino a toda Francia contra este régimen sangriento. En los dos casos, un excelente negocio».

Benda conoce a la humanidad, no cabe duda. Copia la anécdota siguiente: Un recuerdo de Lachelier. Le explicaba un alumno, en el patio del colegio, que los republicanos pensaban tal cosa, que los socialistas pensaban esto otro, que los conservadores, por su parte, pensaban...

—Es Ud. muy joven, señor. Muy poca gente piensa...

Tales opiniones parecen establecer una posición cerrada frente a ciertas actitudes. No hay tal cosa. Julien Benda ha firmado, con otros más, el titulado «Appel aux travailleurs», que Ramón Fernández comunica a «La Nouvelle Revue Française». (Conviene saber que Ramón Fernández había publicado, días antes de este manifiesto, una carta a André Gide, mostrándole aquellos puntos en que no está conforme con el comunismo).

Esa llamada a los trabajadores es una consecuencia del temporal político que ha conmovido a los franceses. Entre las firmas, Alain, Benda, Breton, Cassou, Fargue, Fernández, Gide, Bloch, Romain Rolland, Vildrac, Lalou. La responsabilidad del manifiesto ha sido tomada por el presidente y los dos vicepresidentes del comité antifascista: Alain, Paul Langevin y Paul Rivet.

Sólo transcribiremos el primer párrafo del documento:

«Unidos, por encima de toda divergencia, ante el espectáculo de las manifestaciones fascistas de París y de la resistencia popular que, por sí sola, se ha encarado con ellas, declaramos a todos los trabajadores, camaradas nuestros, la resolución de luchar, unidos a ellos, para salvar contra una dictadura fascista, cuánto el pueblo ha conquistado de derechos y libertades públicas. Estamos dispuestos a sacrificarlo todo para evitar que Francia sea sometida a un régimen de miseria y de tiranía belicosas. Condenamos la innoble corrupción que han mostrado los recientes escándalos».

Y un poco más adelante:

«No dejaremos a la oligarquía financiera explotar, como en Alemania, el descontento de las masas arruinadas por ella»...

Este manifiesto ha originado un comité de acción y un boletín semanal, para instruir a las masas que el fascismo quiere seducir: media y pequeña burguesía, agricultores, hombres sin trabajo, jóvenes...

Las palabras subrayadas están exactamente traducidas.

**Mauriac, Académico**

□ Hace algunos meses que se verificó la recepción solemne del autor de «Therese Desquéroux» en la Academia Francesa. Los datos sobre la sesión y el contenido de los discursos no llegaron hasta mucho después a nuestras manos. El acontecimiento merece una detención atenta. El nuevo Académico reemplaza a